La casa que vende mas barato en su ramo es la
DROGUERIA FRANCESA
ERNESTO MICHEL y Cia.
Ortega 27. Apartado 744.
MEXICO, D. F.

DIRECTORIO de "EL DIARIO"

MEDICOS

CIRUJANOS.

Dr. Ricardo E. Cicero, Puente de Leguisamo 1.
Fernado Méndez Capote, 1er. Callejón de López No. 25.
José M. Palacios, 1a. Mesones 10.
Dr. Juan Antiga, 1a. Pila Seca No. 318.

OCULISTAS.

Dr. Lorenzo Chávez, Calle de la Academia número 5.
E. F. Montaño, 1a. Calle de Zarco 4.
R. Terroba y Solares, Calle de Venero 16.
Daniel Vélez, Donato Guerra 1,233.
Ignacio M. del Valle, 1a. de Mesones 19.
R. Varela, Oculista Homeopático, 3a. Santa María 1.516 bis.

OIDOS NARIZ Y GARGANTA.

Rafael Caraza, 2a. Indio Triste 6.
Thos. M. Murchison, Guardiola 13.
Pedro P. Peredo, 4a. de Mina 1.

ENFERMEDADES DE SEÑORAS.

Dr. Francsco Hurtado, Callejón de Dolores 11. (por el Factor.)
Silverio R. Gómez, Nuevo México 204.
M. González de la Vega, Puente de Monzón 5.
A. López Hermosa, Cordobanes 14.
Rafael López, Escalerillas 18.
Tomás Noriega, Hospital de Jesús.
Rafael Norma, Sepulcros de Santo Domingo, 11 y 12.
R. Reygadas y Vértiz, San Felipe Neri 3.
J. Velázquez Uuriarte, (enfermería quirúrgica.) 3a. de Zarco, 5.
José de J. Sánchez, 3a del Rastro 6.
Dr. Ricaro Tapia y Fernández, 2a. de Santo Domingo 3. De 11 á 12 a .m. y de 4 á 5 p. m.

VIAS URINARIAS.—CIRUGIA GENERAL.

Dr. Alfonso Banuet, Vergara 10. 7 á 9 a. m. y 4 á 7 p. m.
Carlos Barajas, San Felipe Neri 3.
L. E. Calvillo, Estampa San Andres 12.
Antonio Casillas, 2a. Ayuntamiento 420.
Leopoldo Castro, Vergara 9.
D. C. Chacón, Refugio, 8.
Germán Diaz Lombardo, Estampa San Andrés 11 1|2.
Dr. Banuet, Vergara 10.
Carlos Franco, 2a. Santo Domingo No. 7.
Francisco de P. Millán, 1a. Sto. Domingo 5.
F. Martín Sánchez Hospicio de San Nicolás 4.
Salvador Vega Limón, Tacuba 1.

MEDICINA INTERNA.

Francisco Bulman, Montealegre 17.
H. A. Escobedo, 5a. Mina 10.
Genaro Escalona, 1a. Santísima 1.
Angel Hidalgo, Calle de Corcheras No. 7.
L. Morales Cortazar, 2a. Santo Domingo 7.
Dr. Porfirio Parra.—Cocheras número 1.
José I Saloma, 4a. Calle de Soto 15.

GABINETES ELECTRO - MEDICOS.

Fortunato Hernández, Zuleta, 4.

ENFERMEDADES DE NINOS.

Joaquín Cosío, Ortega 9 y 54.
R. Jiménez, Prolongación del Cinco de Mayo, 80.
Ricardo E Manuell, Calle de Dolores 4.
Juan Ramírez de Arellano, Alfaro No. 6.
N. Ramírez de Arellano, 1a. de Guerrero 11 1|2.
Dr. Manuel á Lizama. Enfermedades de niños. Puente de Peredo 5.

PROFESIONALES

GABINETES DENTALES DE LOS DOCTORES

Ernesto Acuña, Calle del Espíritu Santo 7.
Pedro Alemán, 1a. de las Damas 2.
H. W. F. Buemer, Prolongación Cinco de Mayo 87.
R. del Castillo, 1a. de San Francisco 2.
M. Carmona, San José del Real 8.
A. Chorne y Campose Hija, Tiburcio 2.
Rafael O. Chorné, Santa Clara 15.
E. H. Conway, Calle de Gante 1.
Genaro Cordero, Vergara 18.
Leopoldo Crespo, 1a. San Francisco No. 14.
M. M. Espejel, 2a. San Francisco 4.
Guillermo Ezquerro, Esquina Espíritu Santo y 3a. San Francisco.
J. Falero, Tacuba 18.
Ricardo Figueroa, 1a. Santo Domingo No. 8.
José Florit, Coliseo Nuevo 9.
Santiago Guijosa, Calle del Refugio 10.
Dr. Manuel Narro, Sifilis y alcoholismo. Huacalco 4
Carlos Occelli, Calle del Refugio 3.
E. de Pablos Vélez é hijo, 2a. San Francisco 11.
Ernesto Paz, 3a. San Francisco 1.
Y. Perches, Prolongación del Cinco de Mayo 80.
Antonio Roque, San José el Real No. 18.
Alfredo Reguera, Seminario 2.
Teófilo G. Valdés, 2a. de Plateros 8.
Manuel Vargas, 2a. del 5 de Mayo No. 16.
Miguel E. Viveros, Tacuba 14.
J. Ramos A. 3a. Santa María de la Rivera 6.

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO

DOCTOR EDUARDO LAMIQC Venero núm. XIV.

PARTOS.

L. Troconis Alcalá, Cerrada de la Moneda 2.
Dolores T. de Carrillo, 1a. del Maguey, 2, Tacubaya.

BOTICAS. SERVICIO NOCTURNO.

Botica del Hospital de Jesús, Hospital de Jesús.
Farmacia de Santa Clara, Sta. Clara 9.
Farmacia Bustillos, Pasco de la Reforma 111.
Farmacia de Tricio, 2a. de las Damas 5.
Farmacia Iturbide, junto al H. Iturbide.
Botica del Socorro, Calle del Tompeate 5.
Botica de León, Calle de León 9.
Botica San Hipólito, Bajos del Hospital.
Botica del Sagrado Corazón de Jesús, 1a. de Juárez, Tacubaya.
Botica del Dr. Kaska, 1a. San José el Real, 2.

ESPECIALISTAS

Dres. Ortega y Muñoz, Sanatorio Homeopático, 1a de Santa María de la Ribera 2 y 8.
J. Hernández Ortega.— Neurastenia y Alcoholismo.—2a. de Mina. 208.
J. Redondo.—Sifilógrafo.—2a. de Mesones. 29.
Manuel Naro, sífilis y alcoholismo, Huacalco 4.

DULCERIAS Y PASTELERIAS.

C. Torrellaneda y hermano, Dulcería y Pastelería, 1a. Damas 1.
Café Royal, Dulcería y Pastelería, 2a. San Francisco 4.
Luis G. Perezcano, "El Aguila de Oro," Dulcería y Pastelería. Coliseo

ABOGADOS.

Rafael E. Aguilar, Calle de Santa Clara 4.
J. R. Aspe, 1a. San Francisco 12.
Eutimio Cervantes, Santa Clara No. 7.
Salvador Diego Fernández, Calle de Don Juan Manuel 5.
B. Gracia Medrano, Colegio de Niñas 2.
Raúl Lalanne, Puente Quebrado 11.
Ricardo Nieto, Centro Mercantil, 2o. Piso.
Guillermo Novoa, Tiburcio 1.
José Raz Guzmán, Calle de Donceles 1.
A. Ramos Pedrueza, Calle de Donceles 13.
Mario Rendón Espada, Cordobanes 8
Rodolfo Reyes, Calle del Esclavo 2.
Vicente Villada Cardoso, Cordobanes No. 18.
U. S. Trade Mari Assn.—Representada por Lic. Benjamín Barrios.—Espíritu Santo 2.
A. González de la Vega.—Amparos.—Puente de Monzón, 10.

NOTARIAS PUBLICAS A CARGO DE LOS SENORES

Rafael Carpio, Centro Mercantil, 3er. Piso.
Manuel E. Espinosa, Calle de Cordobanes 2.
Carlos Fernández, Calle de Don Juan Manuel 15.
Manuel Galán, 1a. Calle de Santo Domingo 10.
F. Gómez Pérez, Edificio del Banco Hipotecario.
Francisco Jiménez Garnica, Cordobanes 7.
David Lazo, Calle de Tiburcio 18.
Miguel C. Martínez, 1a. de Santo Domingo 9.
Francisco Merino Ortiz, 1a. de Santo Domingo 2.
Heriberto Molina, Centro Mercantil, 3er. Piso.

NOTARIAS PUBLICAS A CARGO DE LOS SENORES

Ezequiel Pérez, Calle de Cordobanes No. 7.
Jesús Raz Guzmán, Calle de Donceles 1.
Enrique Romero Mondragón, Calle de Donceles 4.
M. Ruiz Sandoval, Edificio de La Mutua.
Antonio Sánchez Aldana, Calle de Cordobanes 13.
Agustín Silva y Valencia, Calle de Cordobanes 7.

AGENTES DE NEGOCIOS.

Rafael Solares, Calle de Sta. Clara

INGENIEROS CIVILES.

Pedro G. de Arce, Centro Mercantil 2o. Piso.

INGENIEROS ARQUITECTOS.

Luis G. de Ansorena y Agreda.—1a. Mesones, 7.
Genaro Alcorta, Calle de Donceles No. 13.
Mauricio M. Campos, Calle de Donceles 8.

CAMBIOS DE MONEDA.

El Bouquet, Cambio de moneda, 1a. de San Francisco 14.
A. Aguirre Salazar, Cambio de moneda, 1a. de San Francisco 2.

ALMACENES DE CALZADO.

El Botín Azul, Fábrica, Vergara 9 y 11.
El Botín Turco, J. M. Domínguez, Tacuba 16.
El Grumete, José Alvarez, San Andrés 17.
El Progreso, Miguel Roldán Yáñez, Calle de Tacuba 2.
Enrique Torres, 1a. de las Damas 1.
El Siglo XX, F. Fernández, Coliseo Nuevo 1.
La Asturiana, L. Gutiérrez, Vergara No. 5.
La Primavera, calzado de niños, Calle de San Andrés 3.
L. Reboulet, Calle de Vergara 11.

MODAS, DONAS Y CONFECCIONES

Luisa R. Mazuzki, Modas, donas confecciones, Escalerillas 18.

MODAS

PARA CABALLEROS.

SASTRERIAS.

Juan Cava, 1a. Independencia y Coliseo.
Enrique González, 2a. de San Francisco 4.
High Life, Gante y San Francisco.
L. Estrada y Co., Puente de San Francisco, 13 bis.
La Equitativa, Bajos de San Augstín 12.
Cruz Martínez, 1a. del Cinco de Mayo 6.
J. J. Merino y Co., Vergara 18.
Sastrería de Montoya, Callejón del Espíritu Santo 14.
López Guerra, Hnos., Sepulcros de Santo Domingo 1.
Old England, 1a. de San Francisco No. 1.
J. Río, Tercer Orden de San Agustín y Tiburcio.
Sastrería.—A. Vargas y Cía. Sucs.—2a. Independencia, 6.
Miguel Ortega. Sastre. 1a. Mesones frente á La Vaquita. México. D. F.

SOMBRERERIAS.

A. Sanjenis, San Juan de Letrán y Puente de San Francisco.
Enrique Torres, 1a. de las Damas 8.
E. Torres, "El Eco de París," 1a. de las Damas 7.
E. Torres, "La Moda Elegante," 1a. Factor 19.

PARA SEÑORAS Y NIÑAS.

La Hortensia, Confección de sombreros. Esq. Bajos San Agustín y Jesús.
Jaime Colán, Sombreros para señoras. Espíritu Santo 7.

CAMISERIAS.

Gran Camisería L. Castro y Galván, S. en C., Calle del Espíritu Santo 7.
La Granada, Calle de Tacuba 21.
F. Sampedro, 2a. de Plateros 8, Entresuelo.
"El Competidor," Almacén de casimires. Espíritu Santo 1 1|2.
J. Montesinos, Tacuba 26. Camisería "El Correo de París."
La Imperial, Dulcería y Pastelería, 1a. de San Francisco 13.

Todas las personas que vienen a esta capital deben de visitar "LA COLMENA," Plaza de Armas, Mexico, porque es la casa comercial mas importante de la Republica, dedica solo a efectos de Ropa del País

Busquese el Numero Dominical con Suplemento

Los tres náufragos, [illegible] tenían la escota largada (1), [illegible] han ya de aquella carrera, [illegible] a-recer de improvis[illegible]

—¡Todavía!—[illegible] tendiéndole el [illegible] de-jarnos ese c[illegible] bres. ¿Necesita que [illegible] neo pa-ra hacerle [illegible] caza en-carnizad[illegible]

—Ti[illegible] Albani,— y cuam[illegible] os monstruos, sig[illegible] una constancia ir [illegible] haberle acaricia-ho.

[illegible] en una vitalidad ex-[illegible] omo no se les hiera en [illegible] en el cerebro, no mue-[illegible] á eso que somos náufra-[illegible] ndo persiguen el resto de [illegible] ó una balsa, no la dejan ya, [illegible] están seguros de que más tar-[illegible] más pronto han de apoderarse de [illegible] resa.

—En ese caso, ¿espera á que una empestad estalle y deshaga este árbol en que vamos?

Sin duda, Enrique.

—Afortunadamente no está el tiempo para cambiar, al menos por ahora.

—Y si cambiase, ya nos encontraremos entonces muy cerca de las islas Zulús, y allí ya no debemos temerle.

—¡Ah...! ¡Si ese tiburón acercase la cabeza al árbol...!

—Déjale que nade á su gusto, Enrique. Te aseguro que no ha de inquietarte. Ocupémonos de nuestra lona para que vaya tirante.

La brisa nocturna se mantenía constante, y aún tendía á aumentar, aun cuando faltaban pocas horas para la venida del día.

La carcasa, que mantenía su estabilidad por efecto del tonel y, del trozo del castillo que le servían como de balancín, seguía avanzando con una velocidad de dos á tres nudos, ganando terreno hacia Levante.

Por su parte, la corriente le ayudaba, facilitando la carrera.

Habían transcurido otras dos horas cuando Picolo Tonno, que se ponía frecuentemente en pie para abarcar mayor horizonte, en espera de divisar algún punto luminoso que le indicase la presencia de algún barco, señaló algunos pájaros que se dirigían también hacia el Este.

(1) Como ésta, habrán visto los lectores buen número de palabras que pertenecen al tecnicismo marinero.

—¿Son pájaros costeros?—preguntó Enrique con cierta emoción.

—Está demasiado obscuro todo para que se les pueda distinguir—respondió Albani, que los miraba con gran atención.—Por su vuelo pesado no me parecen procelares ni costeros.

—¿Se hallan siempre muy lejos de las costas esos animales?

—Ordinariamente sí, porque se encuentran hasta á quinientas ó seiscientas millas de las islas y de los continentes.

—Entonces, aquellos pájaros que huyen hacia Levante, ¿serán del archipiélago?

—Pueden ser aves emigrantes, amigo mío, y dirigirse Dios sabe dónde.

—¡Señor...!— exclamó en aquel momento el muchacho con voz llena de emoción.

—¿Qué es?—preguntó Albani.

—¡Allí...! ¡Allí...! Mirad.

—¿A dónde?

—¡Delante de nosotros...! ¡Póngase en pie!...

Albani y el marinero se apresuraron á obedecerle, y vieron que á gran distancia emergía en el horizonte una masa obscura, la cual se destacaba sobre las aguas que iluminaba la luna.

—¡Una isla...!—exclamó el marinero con voz sofocada.

El ex-marino no contestó. Levantada la cabeza, la vista fija, miraba con profunda atención aquella masa negruzca, que se parecía vagamente á la cresta de una montaña.

—¿Una isla?—repitió el marinero con ansiedad creciente.

—Sí,—respondió al cabo el veneciano.—No... no podemos equivocarnos, aquello es tierra.

Dos gritos de alegría salieron de los pechos de ambos marineros.

—¡Viva! ¡Viva! ¡Gracias á Dios, nos hemos salvado...!

—Sí—repitió Albani que seguía mirando.—¡Tierra! ¡Aquello es tierra...

—¡Dejadme que le abrace, señor Albani...!—gritó el marinero, que parecía volverse loco de alegría.

—Sin embargo, es preciso no cegarse—dijo riendo el veneciano.—El tiburón nos sigue todavía.

—Ya no le temo.

El marinero le echó los brazos al cuello, y después, volviéndose hacia el muchacho:

—¡Un abrazo también á ti, mi Picolo Tonno!...—dijo.

—¡Vaya...! Me haces abandonar la escota.

—La volveremos á coger después.

Y el expansivo marinero estrechó también al mozo contra su pecho.

La carcasa continuaba enfilando derechamente á la isla, empujándola precisamente el viento, que era favorable.

La cresta de la montaña parecía erguirse por instantes sobre el horizonte. ¿Qué tierra sería aquella que allí surgía casi de un modo inopinado? ¿Era una isla perteneciente al archipiélago Zulú, y habitada, ó era una escollera desierta, numerosísimas en aquellos mares? Por el momento les importaba muy poco á los náufragos el averiguarlo; les bastaba con poder saltar á tierra para descansar y apagar la sed, pues estaban seguros de que encontrarían un poco de agua, ó por lo menos fruta.

Albani, en pie cerca del penol del papahigo, miraba con atención creciente el picacho que se destacaba á cada instante con más limpieza sobre el horizonte, el cual comenzaba á clarear con la proximidad de la aurora. Parecía como si quisiera adivinar á qué tierra pertenecía.

—¿Divisa usted algo, señor?—preguntó el marinero, que no podía permanecer callado.

—Nada—respondió el veneciano.

—¿Ni un punto luminoso?

—No.

—¿Parece grande esa isla?

—No me lo parece.

—¿Estará desierta?

—Te lo diré cuando hayamos desembarcado.

—Yo la preferiría deshabitada, señor—dijo el muchacho.

—¡Guasón! ¿Cómo te arreglarías para procurarte víveres si no tenemos un fusil?

—Tenemos un hacha y dos cuchillos.

—¡Qué miserables Robinsones...! Crusoé tenía por lo menos armas de fuego, y la despensa de la nave.

—No la echaremos de menos.

—Quiero verte en la prueba.

—Veo las escolleras de la isla—dijo en aquel momento el marinero.

El señor Albani y el muchacho, ayudándose á sostenerse mutuamente en equilibrio, se pusieron en pie.

La isla no distaba ya más de cinco ó seis millas, y se distinguía perfectamente.

No parecía grande, pues su frente se extendía tan sólo unas cuantas millas al Este y al Oeste, y el monte tendría una elevación de tres ó cuatro

[illegible] metros formando cerca de [illegible]bre dos puntas destelladas co-[illegible] fuesen dientes.

[illegible]lante de la playa se veían sobre[illegible]ir masas obscuras, probablemente [illegible]ollera coralífera, y al rededor [illegible] hacerse el agua en espuma en un [illegible]ro espacio.

—Debe ser violenta la resaca—dijo [illegible] marinero,—pero por eso aproare-[illegible] lo mismo; Picolo Tonno, deja ir [illegible]ta. Andaremos más.

[illegible]a brisa, que había aumentado en [illegible]gar de disminuir, daba en la vela [illegible] cierta violencia, imprimiendo [illegible] sacudidas á la extraña em-[illegible]cación. La superficie del mar, tranquila hasta entonces, comenzaba á romper, y se formaban largas olas que corrían de Levante á Poniente.

A las cuatro de la mañana, cuando la primera luz del alba principiaba á amplidecer los astros, los tres náufragos llegaban ante la primera escollera de la isla.

La resaca se hacía sentir con violencia; las olas y las contraolas chocaban furiosas, rompiéndose y montándose con gran estruendo y cubriéndose de espuma.

La carcasa, sacudida por todas partes, bailaba desordenadamente y amenazaba arrojar al agua á los náufragos. Ya se habían caído el penol y la vela, por efecto de las sacudidas.

De repente, el palo tocó: se había encajado en la arena de un bajofondo.

—¡Al agua!—gritó el señor Albani.

El marinero metió el cuchillo en el cinturón y abandonó el árbol. Esperó á que pasara la ola de la resaca, y se lanzó hacia la playa, deteniéndose delante de una especie de caverna, en la cual el agua se precipitaba con largos mugidos.

Sus compañeros le habían seguido corriendo.

CAPITULO V

---

os monstruos del Océano

A primera vista, aquella parte de la isla no ofrecía paso alguno para subir ó bajar á la costa, pues los acantilados eran muy altos y casi cortados á pico. Por el momento, el único refugio estaba en aquella caverna, que seguramente habían socavado las impetuosas olas.

Ni á derecha ni á izquierda se veía trozo alguno de tierra lo suficiente espaciosa para que los náufragos pudieran sentarse y mucho menos tumbarse ó descansar.

Aun cuando entraban las olas en la caverna, el marinero entró también por si al cabo encontraba dentro algún sitio, por pequeño que fuese, que les permitiera dormir.

Esperó á que la oleada saliese, al punto se dirigió atrevidamente al interior, seguido por el señor Albani y el muchacho; pero de repente se lanzó atrás dando un grito de terror y de sorpresa.

Algo semejante á un brazo muy grueso, que apenas se distinguía entre la pálida luz diurna que penetraba hasta allí, por la boca de la gruta le había cogido, estrechándole por la mitad del cuerpo.

Al pronto el marinero creyó que era un brazo humano, pero en seguida se dió cuenta de su engaño; delante de él brillaban dos ojos grandes, redondos, fosforescentes, los cuales miraba de tal modo, que parecían como que querían fascinarle.

El marinero era animoso, pero encontrarse frente á frente de aquel misterioso monstruo, envuelto por la semiobscuridad, con las olas que rugían en derredor suyo, amenazando con arrastrarle, y con aquel brazo que le estrujaba de un modo terrible, sintió que se le paralizaba la sangre, y que se le erizaba el cabello.

—¡Señor... Albani!—gritó con voz ronca.

—¿Qué te sucede?—respondió el veneciano, que no había podido ver nada todavía por encontrarse lejos de él.

El marinero no pudo contestar; aquel brazo le apretaba con tanta fuerza, que le ahogaba, produciéndole un dolor agudísimo en los riñones, cual si le chupasen la sangre.

Sin embargo, aún tuvo aliento; hizo un esfuerzo desesperado; sacó el cuchillo del cinto, y con un tajo rápido cortó por entero aquel miembro que tan extraordinaria fuerza tenía.

El veneciano corrió entonces en su socorro, empuñando el hacha, y de un solo golpe de vista se hizo cargo de qué formidable adversario tenían que luchar.

—¡Atrás!—gritó.

El marinero giró sobre los talones, lanzándose hacia la salida de la gruta; pero otros dos brazos le cogieron, tratando de levantarlo, mientras tres brazos más caían sobre su compañero.

—¡Ah!... canalla—gritó furioso Albani.

No obedeciendo más que á la rabia que le poseía, comenzó á luchar cuerpo á cuerpo contra aquellos dos gruesos ojos que brillaban en la obscuridad, tirándole hachazos desesperados, mientras el marinero agitaba como un loco el cuchillo, hundiéndoselo al monstruo en todas partes.

De repente se sintieron acariciados por una inundación de un líquido denso que despedía un fuerte olor á musgo, y los brazos que los sujetaban cayeron inermes.

Medio sofocados, ganaron á tientas la salida, en la cual se había detenido el mozo, gritando como un poseído:

—Rayos de Génova—exclamó el marinero, corriendo á meterse en las olas. ¿Qué será lo que me ha dejado ciego?

—¡Pero está usted inundado de tinta!—gritó el chico.—¿Qué es lo que os ha sucedido?

—¡Espérate un poco para que me lave!.... ¡Infame bribón! Estoy tan perfumado como un caimán.

El veneciano, por su parte, se había lanzado al agua y se frotaba vigorosamente la cara, el pelo y la ropa.

—Pero ¿qué es lo que os ha sucedido?—repitió el mozo, que miraba, lleno de miedo, hacia la caverna.

—¡Hauff!—exclamó por fin el marinero, mirando á los peñascos.—¡Era tinta de primera clase!...

—Pero, ¿han luchado ustedes con tinteros?—preguntó el muchacho, que ya reía á carcajadas.

—No, contra un tintero solo; pero si tú lo hubieras visto, muchachito mío, no te hubier quedado una sola gota de sangre en el cuerpo... ¡Qué brazos!... ¡Qué ojos!... Si me aprieta un poco más, te aseguro que me hace echar los intestinos por la boca.

—Entonces, ¿era un pólipo formidable?

—Enorme.

—¿Y lo ha matado?

—Así lo creo.

—Por lo visto, estaba en esa gruta como en su casa.

—Precisamnte, Picolo Tonno.

—¡Ay!.... ¡San Genaro, socórreme!

—¿Qué es?

—¡Oh! ¡el monstruo!... ¡el horrible monstruo!...

—¡Rayos!.... ¡El todavía, señor Albani!